

Alberto Omar, un caso

Por Fernando Delgado

A principios de los años sesenta, Luis Alemany intentó poner en escena *Un sólo de saxofón*, de Ionesco, y organizó un reparto con unos pocos amigos que ensayábamos casi furtivamente en una casa de Acción Católica de la calle Cruz Verde. Por allí pasó una buena tarde un joven apuesto, de atronadora voz y acento bastante peninsular, cierta pedantería en sus juicios y juicios teatrales bastante convincentes, del que he recordado siempre, además de su buen criterio teatral, sus sandalias, muy bonitas. No sé por qué habré recordado siempre las sandalias de entonces de Alberto Omar. Pero tal vez aquellas sandalias sean el símbolo de este caminante, que he percibido a veces cansado para reanimarse luego en su entusiasmo.

Alemany no llegó a estrenar nunca la obra, naturalmente, pero siempre me he acordado de aquel intento teatral fallido por la fascinación que al pibe que yo era le produjo el encuentro con Omar. Con cierta elegancia en los ademanes y moviéndose fuera de la isla como pez en el agua, Alberto me parecía todo un cosmopolita en aquellos tiempos en que la petulancia

juvenil llevaba a uno a expulsar al provinciano que llevara dentro y a aspirar al cosmopolitismo. No sé si se trata de una trampa de la memoria, pero la distancia sevillana mitificó para mí durante algún tiempo al joven Omar que reaparecía en la isla por vacaciones. Hasta que Alberto renunció a la medicina y regresó de Sevilla para siempre. No para juntarse con nosotros, conmigo y con la gente que yo andaba, sino para renunciar a los rigores de la ciencia y entregarse a la pasión por las palabras. Pero nos juntamos con él y con él compartimos vida y literatura. Sin embargo, en Alberto era difícil separar una cosa de la otra, con lo que recuerdo de esa primera etapa de amistad cercana su conversación creativa, su ingenio, la risa que alimentaba aquellos tiempos nuestros de zozobras exageradas por la edad. Pero a lo mejor había leído a Voltaire y pensaba como el filósofo que “el único partido razonable en un siglo ridículo es reírse de todo”. Lo cierto es que Alberto volvió para quedarse, para peregrinar con nosotros por la viña del loro y otra tabernas, para curar el ánimo con su mezcla de cortados y coñac, para terminar haciendo de nuestras alucinaciones relatos. Para dar con *La canción del morrocoyo*, aquel modelo de ingenio, un primer paso hasta el montón de libros que podemos celebrar hoy.

Si bien lo pienso, Alberto hubiera sido un médico imposible, y no porque la medicina no esté llena de literarios galenos, sino por las mismas razones por las que, siendo un buen pigmalión, un hombre capacitado para transmitir lo que sabe, para contagiar interés, que son atributos de un buen profesor, no llegaría a ser lo que se entiende por un profesor desde el ámbito estrictamente académico. Y no lo ha sido, no por falta de capacidades, sino porque en esta vida Alberto, ya sea en el teatro, en la novela, en el cuento, en la mixtura de los géneros o en el rebotallo de todos ellos, no podía ser otra cosa que escritor. Fuera de la literatura, a pesar de que pueda llegar a ser un hombre práctico, que lo parece poco, Alberto es

un haragán. Un haragán de los que podrían decir como Unamuno: “No soy un vago. Mi mente no descansa: no soy perfecto”. Por eso, en la literatura, como vemos ahora, recuperando obras por decenas, presentando otras nuevas, es todo lo contrario a un vago: permanente emanación. Esta abundancia creadora no es el resultado de un proyecto, ni siquiera – he pensado a veces – un propósito de ambición, sino la exuberancia de su naturaleza de artista, el producto de la espontaneidad. El humor del absurdo, o simplemente el humor, con su ampliación de vislumbres, no ha tenido en la literatura canaria de nuestro tiempo mejor expresión que en la obra de Omar.

Alberto, que ya es creador en el habla, en la conversación, un jugador con palabras, un truquista, ha llevado su oralidad a los libros. Y con ella, su manera de hurgar en nuestra condición, una reflexión permanente cuyo aparente desorden es pura ambigüedad literaria, es decir, multiplicación de significados. O que conserva la apariencia de desorden que origina la sorpresa; la arquitectura, a veces deslavazada, de un relato distinto en el que se acumulan las metáforas y por el que Omar discurre siempre en libertad. Da la impresión de que le suceda a él lo mismo que a Antonio Gamoneda, nuestro reciente premio Cervantes: que se pone a recibir las palabras y las palabras lo explican. Barroco por exuberante y surrealista por ilógico, el caso de Alberto Omar es un caso raro en la literatura de las islas, de cuyas variantes dialectales está preñada su amplia obra. Un experimentalista por pura naturaleza o por pura arbitrariedad, este escritor que ha hecho siempre lo que le da la gana es quizá por eso una voz y no un eco. Y tal vez por eso creo que no ha sido debidamente leído. Complejo para el lector, desconcertante para el crítico convencional y sus cánones de maestría, la rareza de Alberto Omar en su irracionalidad no ha sido debidamente entendida ni atendida. Pero él no se desanima, como nos demuestra

ahora. Ni parece perseguir premios, ni se los regalan, pero él sigue como quien cumple un deber, como quien tiene ya el premio de gozarse en lo que hace, como si ser el escritor que es resultara el verdadero premio. Y en esa fidelidad está la honestidad creadora de quien ha apostado por la vanguardia sin concesiones, un trasgresor, sin que yo esté muy seguro de que lo haya querido, un arbitrario que tal vez ni siquiera repara en la eficacia de la arbitrariedad ni en la arbitrariedad como su don, sino que acaso haya creído en la comodidad de lo arbitrario.

No busquen ustedes en Alberto Omar al delicado orfebre de la palabra, a un minucioso bordador, a un sutil elaborador de encajes. El rescata las palabras con sus aristas, la carne de las palabras con sus pupas, la madera de las palabras sin pulir, y si la palabra acaba en punta y clava tiene para ella el bálsamo de la risa, que es a su vez un bálsamo de palabras.

Celebremos, pues, que haga ahora un alto en su camino, un balance y recuento en cierto modo de su quehacer literario. Celebremos que cuando muchos de sus amigos abandonamos el territorio y lo dejamos aquí muy bien acompañado, Alberto decidiera seguir buscando sus palabras en el sosiego de su cuna, como el niño que es, como el niño con sandalias que era cuando vino, como el niño que se escapa siempre de la isla para trabajar su memoria a su manera en sus muy particulares islas fantásticas. Y vuelve con las sandalias de antaño al mismo camino, es decir, al camino literario y laberíntico del nunca acabar.

[en Casa del Carmen, Faura, Valencia, mayo de 2007]